

CUANDO LAS SOMBRAS CAEN,
LOS DEMONIOS SE LEVANTAN.



El

ALMA

de la

ESPADA

JULIE KAGAWA

GRANTRAVESÍA

El
ALMA
de la
ESPADA

GRANTRAVESÍA

JULIE KAGAWA

El

ALMA

de la

ESPADADA



GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

EL ALMA DE LA ESPADA

Título original: *Soul of the Sword*

© 2019, Julie Kagawa

Publicado según acuerdo con Harlequin Books S.A.

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Portada: © 2019, Harlequin Books S.A.

Según acuerdo con Harlequin Books S.A. ® y ™ son marcas propiedad de Harlequin Books S.A. o sus compañías afiliadas, usadas bajo licencia.

Ilustraciones de portada: Jenue (espada), Shutterstock (fondo)

Diseño de portada: Mary Luna

D.R. © 2019, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2019, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 - 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2019

ISBN: 978-84-120560-1-3

Depósito legal: B-23576-2019

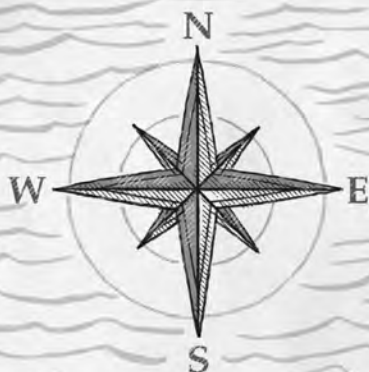
Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9004824

Para Misa-sensei, por su ayuda.
Y para Tashya, por todo lo demás.

IMPERIO *de* IWAGOTO



BAHÍA
BOCADRAGÓN

TERRITORIO
CLAN DEL
VIENTO

TUMBA
DE GENNO

TERRITORIO
CLAN DEL
AGUA

TERRITORIO
CLAN DE
LA LUNA





1

EL NACIMIENTO DE UNA ASESINA DE DIOSES

Hace mil años

Su garganta estaba en carne viva por gritar plegarias al viento.

La tormenta arrasaba todo a su alrededor, golpeaba los acantilados y azotaba el agua del océano contra las rocas. La noche era una total oscuridad, sus ropas empapadas estaban heladas, y su voz apenas se escuchaba por encima del aullido del viento y el rugido del mar. Aun así, él se mantenía cantando, con el pergamino apretado con firmeza entre sus manos temblorosas y la linterna titilando salvajemente a sus pies. Su visión estaba borrosa por el rocío salado y las lágrimas, pero su voz no vacilaba mientras gritaba cada palabra del arrugado pergamino como si fuera un desafío para los mismos dioses.

Clamando la oración final, dejando que el viento la arrancara de sus labios y la arrojara sobre el océano, cayó de rodillas sobre las piedras. Jadeante, inclinó la cabeza, sus brazos cayeron a sus costados, el pergamino abierto revoloteó en sus manos.

Durante varios latidos desesperados e intensos, se quedó allí arrodillado, solo. La tormenta bramaba, cortando y arañando

con garras de espuma. Sus heridas, sufridas en la lucha contra una horda de demonios camino a este lugar, palpitaban. La sangre iba impregnando su pecho, sus brazos, el pergamino. Manchaba el rollo de color rosado.

A muchos metros mar adentro, el océano se batió. Las olas surgieron y se agitaron, y la superficie del agua comenzó a elevarse como si algo monstruoso estuviera moviéndose justo por debajo.

Con una explosión de rocío y el aullido de un dios, una enorme forma oscura emergió de las profundidades y ascendió en espirales en plena noche. Relucientes relámpagos iluminaron los enormes cuernos, los colmillos, las escamas brillantes del color de la marea. Una ondulante crin corría a lo largo del lomo de la criatura, y un par de bigotes tan largos como un navío se retorcían y revoloteaban en el viento mientras el Gran Dragón se enrollaba en el cielo, perforando y anidando entre las nubes. Un par de ojos como lunas brillantes observó la diminuta figura allá abajo, y una perfecta perla iridiscente resplandeció como una estrella en el centro de su frente. Con el estruendo de un tsunami cercano, el *kami*¹ habló.

—¿Quién me convoca?

Apretando la mandíbula, el hombre levantó la cabeza. Su corazón se estremeció al saber que no debía mirar tan audazmente a un dios, al Herald del Cambio de frente, pero la desesperación y la enfermedad del odio en lo profundo de su alma ahogaban cualquier otra emoción. Tragó el dolor de una garganta herida por la potencia de sus gritos y alzó la voz.

¹ Muchos nombres y términos usuales japoneses se encontrarán marcados en cursiva a lo largo del libro. No olvides consultar el glosario al final de este volumen.

—Yo, Kage Hirotaka,² hijo de Kage Shigetomo, soy el mortal que ha invocado el poder de la plegaria del Dragón —su voz fina y áspera se desvaneció en el viento, pero la enorme criatura inclinó la cabeza, escuchando. Su mirada inhumana, que contenía la sabiduría de la eternidad, se encontró con la del hombre, y éste de pronto sintió como si estuviera cayendo en un pozo insondable.

El guerrero colocó sus manos en el suelo delante de él, se inclinó y tocó la áspera piedra con su frente, mientras sentía la mirada del Dragón sobre su espalda.

—Gran *Kami* —susurró—, según mi derecho como portador del pergamino, esta noche, en el milésimo año después de que Kage Hanako elevara su deseo sobre el pergamino, le pido humildemente que conceda el anhelo de mi corazón.

—Una vez más, un Kage me llama —la voz profunda y atronadora no sonaba ni divertida ni sorprendida—. Una vez más, el Clan de la Sombra juega con la oscuridad y tiene el destino del reino en sus manos. Que así sea, entonces —los relámpagos destellaron y el estallido de los truenos sacudió las nubes, pero la voz del Gran Dragón se elevó por encima de todo—. Kage Hirotaka, hijo de Kage Shigetomo, portador del pergamino del Dragón, ¿cuál es el anhelo de tu corazón? ¿Qué buscas que se haga realidad?

—Venganza.

La palabra fue apenas audible, pero el aire pareció detenerse mientras la pronunciaba.

—Mi familia fue asesinada por un demonio —prosiguió el guerrero, mientras se sentaba lentamente—. Los mató a

² En Japón, por norma de uso suele anteponerse el nombre de la familia, el apellido, al nombre de pila.

todos. Mis hombres y mis sirvientes estaban esparcidos de un extremo al otro de la casa. Mi esposa... mis hijos... no dejó siquiera algo para enterrar —cerró los ojos, temblando de aflicción y de rabia—. No pude salvarlos —susurró—. Llegué a casa para encontrar una masacre.

El observador frío e indiferente que esperaba en las nubes no dijo nada. La mano del guerrero se dirigió a la espada en su cinto, y sus dedos se curvaron alrededor de la vaina.

—No lo quiero muerto —dijo con voz áspera, ahogada por el odio—, no por un simple deseo. Yo mismo mataré al monstruo, meteré mi espada en su negro corazón para vengar a mi clan, a mi familia, a mi esposa... —su voz tembló, y los nudillos que rodeaban su espada se pusieron blancos—. Pero cuando él muera, no quiero que su espíritu regrese a Jigoku. Quiero atraparlo aquí, en este reino mortal. Que conozca el dolor y la rabia, y la impotencia. Que comprenda que no hay alivio ni manera de que regrese como el demonio que era —el guerrero mostró los dientes—. Quiero que sufra. Toda la eternidad. Ése es mi deseo.

En lo alto, el Gran *Kami* miró a través de la tormenta. Los relámpagos destellaron en sus escamas azul oscuro.

—Sella el deseo —retumbó, con una voz tan impasible como era posible—, no se puede volver atrás —inclinó la cabeza y sus bigotes interminablemente largos revolotearon en el viento—. ¿Estás seguro de que éste es el deseo de tu corazón, mortal?

—Sí.

El trueno bramó y el viento se intensificó, aullando mientras azotaba contra el guerrero y la roca. El Gran Dragón pareció desvanecerse en la tormenta hasta que sólo sus ojos y una gema resplandeciente brillaron en la oscuridad. Luego,

desaparecieron también en las tinieblas, mientras las nubes se arremolinaban con violencia hasta parecer un gran remolino en el cielo.

Un cegador rayo blanco descendió desde lo alto y golpeó el centro de la roca, a sólo unos metros de donde el guerrero se encontraba arrodillado. El samurái se estremeció y cubrió su cara mientras fragmentos de piedra volaban por todas partes y cortaban su piel. Cuando el brillo se desvaneció, levantó la mirada, pero entrecerró los ojos por el dolor mientras la sangre y el agua corrían por su rostro. Durante un instante, sólo pudo distinguir un sutil resplandor contra la oscuridad. Luego, sus ojos se abrieron de par en par, y observó con asombro lo que el relámpago había dejado tras de sí.

Una espada se levantaba en el centro de un cráter humeante, con la punta perforando la piedra. Su hoja brillaba contra la oscuridad. Un poder casi hambriento latía en su hoja, era casi como si estuviera viva.

Olvidando sus heridas, el samurái Kage se levantó y caminó con las piernas temblorosas hacia el sable, que brillaba débilmente contra el negro, como alimentada por su propia luz interior.

—Está hecho —la estruendosa declaración sostuvo la irrevocabilidad de la muerte, de una espada que arrancaría la vida de un cuerpo. Aunque la majestuosa serpiente estaba a punto de desvanecerse una vez más en su leyenda, su voz resonó a través de la tormenta—. Que sea por todos conocido, el deseo de esta era ha sido pronunciado y los vientos de cambio han modificado su rumbo. Que ningún mortal invoque el poder del pergamino por otros mil años. Si este reino sobrevive a lo que está por venir.

—¡Espere! Gran *Kami*, ¿cómo debería llamarla? —el guerrero tendió la mano, tocó la empuñadura de la espada y sintió un temblor correr por su brazo—. ¿Acaso tiene ya un nombre?

El guerrero sintió al Gran Dragón deslizarse del mundo como una anguila a través de una red, para volver a su reino en las profundidades de las olas. Un trueno retumbó a lo largo del mar y, en el eco del viento, escuchó la última palabra del *kami*.

—Kamigoroshi.

Kage Hirotaka se encontró solo en la plataforma sombría de la roca, mientras el viento y el rocío todavía azotaban a su alrededor, y una sonrisa salvaje cruzó su rostro. Kamigoroshi.

Asesina de Dioses.

2

EL DEMONIO DE LOS KAGE

Yumeko

Se hizo el silencio cuando Maestro Jiro terminó su relato. —Ese demonio —dije, mientras el sacerdote cogía una pipa de madera que descansaba al lado del fuego—, el que mató a la familia de Hirotaka, ¿era...?

Maestro Jiro asintió y metió el extremo de la pipa en su boca.

—Hakaimono.

Me estremecí. Alrededor de la fogata, el resto del grupo tenía un aspecto solemne. Nos habíamos refugiado junto a un arroyo de poca afluencia, rodeados de enmarañados pinos e imponentes secuoyas, y el aire estaba impregnado de savia y un ligero toque de escarcha, dado que todavía nos encontrábamos muy cerca de las montañas que bordeaban el territorio del Clan del Cielo. El verano estaba llegando a su fin y los días se iban haciendo más fríos conforme el otoño tomaba su lugar.

Okame-san³ se sentó contra una secuoya cubierta de musgo. Miraba fijamente a las sombras con la espalda apo-

³ El sufijo -san expresa cortesía y respeto, es el honorífico más común, y se utiliza tanto en hombres como en mujeres.

yada en el tronco y un pie plantado en una raíz. La luz del fuego lo bañaba, acentuando su figura delgada y desgarrada, el cabello de color marrón rojizo atado en una cola de caballo y el estrecho rostro, extrañamente sombrío. El *ronin*, por lo general alegre y franco, permanecía en silencio mientras miraba por encima del lecho del río, con ojos oscuros.

—Entonces, Kamigoroshi fue creada por los poderes del Dragón —musitó Daisuke-san. El noble del Clan del Sol estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un tronco y mostraba una expresión de serenidad estoica. Al otro lado de la fogata, Reika *ojou-san* le lanzó una mirada exasperada. Los brazos del noble estaban envueltos en vendas, y las tiras de tela ensangrentada asomaban por debajo de su túnica, recuerdos de nuestra última y terrible batalla. Esa misma tarde, Reika *ojou-san* lo había reprendido: no debería estar levantado. Tendría que estar acostado, descansando, a fin de no abrir las heridas que ella había pasado la noche cosiendo. Pero Daisuke-san insistió en que estaba bien. Incluso con su alguna vez hermoso kimono ahora desgarrado y sucio, su piel pálida y su largo cabello plateado y blanco que colgaba a sus espaldas, emanaba equilibrio y elegancia.

—Sí —confirmó Maestro Jiro—. Porque Hirotaka quería vengarse del *oni* que había matado a su familia y a la mujer que amaba. Una forma no sólo de destruir al demonio sino de hacerlo sufrir, de que conociera el dolor y la rabia, y la impotencia. Él consiguió cumplir su deseo. Poco después de invocar al Gran Dragón, Kage Hirotaka se enfrentó a Hakaimono en el campo de batalla y, después de una terrible lucha que casi destruyó una aldea, logró vencer al demonio. Pero en lugar de desterrar al *oni* de regreso a Jigoku, Kamigoroshi

selló el alma del *oni* dentro de la espada, donde quedó atrapado por toda la eternidad.

“Desafortunadamente —continuó—, ése fue el comienzo de la caída de los Kage. El demonio llevó a Hirotaka a la locura. No lo poseyó, tal vez su influencia era aún demasiado débil o tal vez no sabía todavía que podía hacerse algo así. Pero, poco a poco, doblegó la voluntad de Hirotaka, y utilizó su rabia y su aflicción para abrumarlo. Hasta que, una noche, Hirotaka finalmente se perdió y cambió el curso de los Kage para siempre.

Daisuke-san se agitó, mientras la comprensión cruzaba su rostro.

—La masacre en el castillo de Hakumei —dijo, mirando al sacerdote—. El pacto inconcluso entre los Hino y los Kage.

—Ilustrado en historia... —Maestro Jiro asintió con aprobación—. Sí, Taiyo-san, tiene razón. La primavera siguiente, hubo una reunión entre los líderes del Clan Hino, del Fuego, y el Clan Kage, de la Sombra, a fin de discutir un matrimonio que uniera a las dos familias. La rivalidad entre los Hino y los Kage estaba fuera de control, y la guerra era inminente si no se llegaba a un acuerdo. El tratado nunca tuvo lugar. En una sala llena de diplomáticos y cortesanos desarmados, con un tifón aullando afuera, Kage Hirotaka apareció y asesinó a todos los miembros del Clan del Fuego. Ni uno solo de los Hino sobrevivió esa noche.

—Ése fue el comienzo de la segunda Gran Guerra —declaró Daisuke-san—. Después de la masacre en el castillo de Hakumei, los Hino juraron borrar a los Kage de la existencia, y reunieron al Clan Tsuchi, de la Tierra, y al Clan Kaze, del Viento, para apoyar su causa. Los Kage acudieron a los clanes Mizu, Sora y Tsuki, del Agua, del Cielo y de la Luna respecti-

vamente, en busca de ayuda, y la guerra resultante se extendió durante casi doscientos años.

—Y estuvieron a punto de destruir a los Kage en el proceso —Maestro Jiro asintió de nuevo—. Todo porque un hombre formuló un deseo al pergamino del Gran Dragón con odio en su corazón y, sin saberlo, invitó a un demonio a su alma.

“Ésa es la historia de Kamigoroshi y la plegaria del Dragón —Maestro Jiro soltó una larga voluta de humo que se retorció sobre mi cabeza—. Ahora ya sabéis cómo se creó la espada y cómo el deseo del Dragón, tan bien intencionado como pueda ser, podría traer ruina y desastre al Imperio.

—Ésa es la razón por la que el pergamino se dividió en trozos —agregó Reika *ojou-san*. La doncella del santuario también estaba sentada en el suelo con las piernas dobladas bajo su cuerpo, con las ondulantes mangas blancas de su *haori* dobladas contra su pecho. Chu y Ko, un par de pequeños perros que en realidad eran los guardianes *komainu* del santuario, yacían acurrucados en su regazo, dormitando sobre su *hakama* rojo—. Nadie conoce los detalles exactos, pero se dice que a medida que la guerra se prolongaba, un consejo de *kami*, *yokai* y una orden de monjes se reunieron para discutir qué debería suceder con la plegaria del Dragón. Tomaron la decisión de separar el pergamino y ocultar los trozos a lo largo y ancho de Iwagoto, a fin de que algo como el último deseo nunca pudiera repetirse —apretó los labios—. Fue la elección correcta. El pergamino tiene demasiado poder para que se le pueda confiar a una sola persona. Mirad el caos y la destrucción que ya causó en esta era, y el Dragón ni siquiera ha sido invocado todavía.

Al otro lado del fuego, Okame-san resopló.

—Entonces, si el pergamino es tan peligroso, ¿por qué no lo destruimos? —preguntó encogiéndose de hombros—. Suena como una solución fácil para mí. Lancemos esa cosa en el fuego ahora mismo y habremos terminado con el asunto.

—No es así de fácil —dijo Reika *ojou-san*—. Ya se ha intentado antes. Pero el pergamino del Dragón es un artefacto sagrado, un regalo, o una maldición, si quieres verlo de esa manera, del Herald del Cambio. De la misma manera que con Kamigoroshi, si destruyes el receptáculo de la plegaria del Dragón, éste simplemente volverá a aparecer en el mundo. Siempre en un lugar donde no se descubrirá, sino sólo frente a una persona que invocará indefectiblemente al Dragón y pedirá un deseo —los ojos de la *miko* se estrecharon—. El pergamino *quiere* ser encontrado, Okame-san. Por eso es tan peligroso. Si lo destruyéramos ahora, podría reaparecer justo en las manos de las personas de las que estamos intentando mantenerlo alejado.

Okame gruñó.

—Por eso no confío en la magia —murmuró, recostándose contra el árbol—. Los objetos inanimados como espadas y pergaminos no *quieren* ser encontrados. No deberían *querer* nada. ¿Cuán molesto sería que mis sandalias decidieran que ya no quieren llevarme más y vagaran libres por el bosque? —sus agudos ojos negros se dirigieron a mí—. No hablo en serio, Yumeko-chan.⁴

Solté una risita ante la imagen, pero recuperé la seriedad rápidamente.

⁴ El sufijo -chan es diminutivo y suele emplearse para referirse a chicas adolescentes o a niños pequeños, pero también para expresar cariño o una cercanía especial.

—¿Qué le pasó a Kage Hirotaka? —pregunté, mirando a Maestro Jiro—. ¿Alguna vez recuperó el control de Hakaimono? El sacerdote negó con la cabeza.

—Kage Hirotaka fue capturado y ejecutado por su clan, mucho antes de que la guerra llegara a su final —replicó—. Para entonces, él ya estaba muy mal, y sus crímenes eran demasiado graves para que hubiera alguna esperanza de redención. Kamigoroshi, o la espada maldita de los Kage, como sería conocida, fue sellada y desapareció de la historia durante seis siglos. Pero tales artefactos del mal no pueden permanecer ocultos para siempre. Hace cuatrocientos años resurgió junto con la llegada de Genno, Maestro de los Demonios, cuando Hakaimono escapó de la espada para poseer a su portador. No está claro si Genno orquestó la liberación del demonio o si Hakaimono simplemente aprovechó el caos que acompañó al levantamiento pero, una vez más, Kamigoroshi abrió un camino sangriento a través de la historia hasta que el mago de sangre y su rebelión fueron derrotados.

“Después de la muerte de Genno —continuó Maestro Jiro—, su ejército de demonios y *yokai* se dispersaron al viento, y la Tierra quedó sumida en el caos. Kamigoroshi volvió a desaparecer un tiempo, pero luego emergió el primer asesino de demonios de los Kage, capaz de empuñar la espada maldita sin ser víctima inmediata de Hakaimono —sacudió la cabeza y lanzó una nube de humo blanco—. Se ignora cómo ha entrenado el Clan de la Sombra a sus cazadores para proteger sus almas contra la influencia del demonio, pero los Kage siempre han caminado en el filo de la oscuridad, sabiendo que están cortejando al desastre. Y ahora han vuelto a caer en ello. Hakaimono ha sido liberado, y la Tierra no estará a salvo

hasta que Kage Tatsumi sea asesinado y el demonio regrese a la espada.

Me enderecé, con el estómago retorcido mientras lo miraba por encima del fuego.

—¿Asesinado? —repetí, cuando la triste mirada del sacerdote se encontró con la mía—. Pero... ¿qué pasa con de Tatsumi? Sé que debe estar luchando contra esto. ¿No hay manera de salvarlo, de traerlo de regreso?

Me sentí mareada, como si una piedra de molino estuviera presionando mis entrañas. Me había encontrado con el frío y despiadado asesino de demonios cuando una horda liderada por el terrible *oni* Yaburama había atacado mi casa, el Templo de los Vientos Silenciosos, y me había visto obligada a escapar mientras masacraban a todo el mundo. Convencí a Tatsumi de que me acompañara a la ciudad capital para encontrar a Maestro Jiro, la única persona que conocía la ubicación del oculto Templo de la Pluma de Acero, porque ahí se guardaba un trozo del objeto que todos buscaban.

El pergamino del Dragón. Lo que podría invocar al Gran *Kami* al mundo para conceder el deseo del corazón del portador. El artefacto que todos buscaban con desesperación y por el que estaban dispuestos a matar. Incluyendo a Tatsumi. La líder de su clan lo había enviado a buscar el pergamino, y él no se había detenido ante nada para adquirirlo.

Cuando nos conocimos, le conté a Tatsumi una pequeña mentira: dije que no tenía el pergamino, pero que podría llevarlo adonde se había enviado un trozo: el Templo de la Pluma de Acero. Lo que él no sabía era que yo tenía otro trozo del pergamino escondido en la tela del *furoshiki* que estaba atado alrededor de mis hombros. Y tal vez eso había sido terriblemente deshonesto, pero si Tatsumi hubiera sabido que

poseía un trozo del pergamino en aquel entonces, me habría matado y se lo habría llevado a su *daimyo*. Y yo había prometido a Maestro Isao que protegería esa parte de la oración a toda costa. Ése fue mi mayor secreto, bueno... además de ser mitad *kitsune*.

Pero Tatsumi también tenía sus secretos. El más grande era Hakaimono, el *oni* que vivía en su espada y luchaba constantemente por su control. Durante la batalla final con Yaburama, el demonio en la espada finalmente había superado al asesino de demonios, y Tatsumi ya no era el callado y melancólico guerrero que había llegado a conocer durante nuestros viajes. Se había ido el chico intrépido y pragmático, que no tenía conciencia de sí mismo porque su vida estaba dedicada a servir a su clan. Ahora era frío, hostil y distante, hasta que te enterabas de que era su deber como portador de Kamigoroshi mantenerse alejado de las personas. Hasta que conocías que debía mantener el control en todo momento, o un demonio lo poseería.

Y ahora, había sucedido. Tatsumi había sido poseído por el terrorífico y absolutamente malvado Hakaimono, y no tenía ni idea de cómo lo traeríamos de regreso.

—Debe haber otra manera —insistí—. Un ritual, un exorcismo. Usted es un sacerdote, ¿no es así? ¿No puede exorcizar a Hakaimono de Tatsumi?

Maestro Jiro negó con la cabeza.

—Lo siento, Yumeko-chan —dijo—. Si fuera un demonio normal, un fantasma *yurei*, o incluso el espíritu de un *tanuki*, sería posible. Pero Hakaimono no es un demonio normal. Es uno de los cuatro grandes generales de Jigoku, uno de los *oni* más fuertes de los que se tenga memoria. Si se pudiera liberar al portador de la espada, los Kage ya ha-

brían encontrado la manera... además, yo sólo soy un sacerdote —hizo un pequeño gesto desesperado con su arrugada mano—. En el pasado, se necesitaron ejércitos enteros para derribar a Hakaimono, y aun así, el gran *oni* dejó un rastro de cuerpos y destrucción antes de que su violencia fuera controlada.

—No podemos preocuparnos por el asesino de demonios —dijo Reika *ojou-san* con voz firme—. Debemos entregar tu trozo del pergamino al Templo de la Pluma de Acero. Deja que la gente de Kage-san se ocupe de lo que se ha convertido —sus ojos se suavizaron al sentir mi mirada horrorizada, pero su voz siguió siendo dura—. Lo siento, Yumeko. Sé que os cogisteis cariño mientras viajabais juntos, pero no podemos perder el tiempo persiguiendo a un general *oni*. Proteger el pergamino es lo más importante —apuntó un dedo a mi *furoshiki*—. Todo lo que estamos enfrentando ahora, Hakaimono, Kamigoroshi, los demonios, la bruja de sangre, el asesino de demonios poseído, todo se debe a ese maldito trozo de papel. Porque la humanidad ha demostrado que no se le puede confiar un objeto de poder supremo que cambia el mundo. Debemos entregar el pergamino al Templo de la Pluma de Acero y asegurarnos de que el Dragón no pueda ser convocado en esta era. Eso es lo único que importa.

—Espera —Okame-san se sentó con el ceño fruncido—. Lo admito, el asesino de demonios es bastante aterrador en ocasiones, y varias veces ha amenazado con matarme, y tiene la personalidad de una desdeñosa roca... —Reika *ojou-san* lo fulminó con la mirada, así que abrevió—. Pero eso no significa que debamos abandonar a alguien que luchó con nosotros contra una bruja de sangre y un ejército de demonios. ¿Cómo sabemos que no puede ser salvado?

—¿Cuál es tu solución, *ronin*? —replicó Reika—. ¿Seguir a Hakaimono a través del Imperio? Ni siquiera sabemos adónde ha ido, y todavía hay cosas por ahí buscando el pergamino del Dragón. Incluso si lo encontráramos, ¿entonces qué? ¿Intentaríamos un exorcismo? Ningún mortal ha sido lo suficientemente poderoso para expulsar a Hakaimono una vez que toma el control.

—Oh, ya veo —respondió Okame-san—. Por lo tanto, su solución es ignorar al increíblemente poderoso general *oni* y esperar que se convierta en el problema de otra persona.

—No, Okame-san. Reika... Reika *ojou-san* tiene razón —mi voz salió ahogada y mis ojos se empañaron de lágrimas. Se sentía como si un espejo se hubiera roto dentro de mí, y los fragmentos me estuvieran cortando desde mi interior. Tragué saliva y continué, aunque lo odiaba—: Llevar el pergamino al templo... es más importante —susurré—. La plegaria del Dragón me fue confiada, y todos los de mi templo murieron para protegerla. Debo terminar lo que empecé, lo que prometí a Maestro Isao.

"Pero —agregué, mientras caía un silencio sombrío—, eso no significa que esté abandonando a Tatsumi. Cuando termine con esto, después de que lleguemos al Templo de la Pluma de Acero y entreguemos el pergamino, buscaré a Hakaimono y lo obligaré a regresar a la espada.

—¿*Nani*? —la doncella del santuario sonó incrédula—. ¿Sola? No eres rival para Hakaimono, Yumeko.

—Lo sé —dije temblando al recordar la aterradora forma de Hakaimono que se cernía sobre mí. Mirando a sus ojos carmesí y sin ver ningún indicio de Tatsumi en ellos—. Pero Tatsumi es fuerte —agregué, mientras la doncella del santuario fruncía el ceño—. Él ha estado luchando contra el demo-

nio durante casi toda su vida. No voy a abandonarlo. Debo intentar salvarlo.

—Perdóname, Yumeko-san —se escuchó la voz de Daisuke-san—. Pero hay algo que todavía debo entender —se movió para cambiar de posición, y su mirada aguda e inteligente se fijó en mí—. Eres una *kitsune* —dijo, y aunque no escuché ninguna malicia en su voz, sentí una lanza fría clavándose en mi vientre—. ¿Por qué te importa tanto el asesino de demonios?

Tragué saliva. En la batalla contra los demonios de la dama Satomi, mi verdadera naturaleza había sido expuesta y mi sangre mitad *yokai* se había revelado a todos. Reika *ojou-san* ya lo sabía, pero había sido una conmoción para Okame-san y Daisuke-san cuando aparecí de pronto con orejas de zorro y una cola. Considerando que mis parientes de sangre plena eran notables y problemáticos embaucadores, y que la mayoría de los humanos no miraban de la mejor manera a los *yokai*, habían tomado la revelación con sorprendente amabilidad. Aun así, yo era una *kitsune* y aunque podrían aceptar que no era peligrosa, seguía siendo *yokai*, algo que ellos no entendían. No culpé al noble Taiyo por cuestionar mis motivos. Tendría que esforzarme más para demostrarles que seguía siendo la Yumeko que siempre habían conocido, con cola de zorro y todo.

—Tatsumi me salvó la vida —le expliqué a Daisuke-san—. Ambos hicimos una promesa. No lo entiendes, porque no escuchaste a Hakaimono... —mi voz se ahogó, recordando las burlas del demonio, su sádica diversión cuando me informó que Tatsumi podía ver y escuchar todo lo que estaba sucediendo—. Él está sufriendo —susurré—. No puedo permitir que Hakaimono prevalezca. Después de llevar el pergamino

al templo, iré a por Tatsumi y el *oni*. Ninguno de vosotros tiene que venir —agregué, mirando alrededor de la fogata—. Sé que salvar a Tatsumi no estuvo nunca en el plan. Después de que lleguemos al templo y el pergamino esté a salvo, podremos coger caminos separados, si eso es lo que deseáis.

Al otro lado del fuego, Okame-san dejó escapar un largo suspiro y se pasó una mano por el cabello.

—Sí, eso no va a funcionar —afirmó—. Si vas a perseguir alegremente al asesino de demonios, Yumeko-chan, ya deberías saber que iré también. No es que me agrade mucho el chico, pero es bueno cortando por la mitad las cosas que nos quieren comer —se encogió de hombros y ofreció una sonrisa irónica—. Además, si él no está cerca, ¿a quién voy a molestar? Taiyo-san no tiene esa misma apariencia de “Te voy a matar”.

Sonreí mientras el alivio calentaba mis entrañas como el té en una noche fría.

—*Arigatou*, Okame-san.

Daisuke-san frunció el ceño mientras miraba la espada en su regazo.

—No pude proteger a Kage-san mientras se enfrentaba a Yaburama —dijo, tocando la funda de su espada lacada—. Prometí mantenerlo vivo para poder batirme a duelo con el portador de Kamigoroshi cuando Yumeko-san terminara su tarea. Fallé, y si matan a Kage Tatsumi, nuestro duelo se habrá perdido —entrecerró los ojos y me miró—. Tienes mi espada, Yumeko-san. Redimiré mi fracaso anterior, y cuando el demonio haya sido expulsado de regreso a la espada, Kage-san será libre para enfrentarse en un duelo como prometió.

—*Baka* —resopló Reika *ojou-san* y, en su regazo, los dos perros levantaron sus cabezas—. Cada uno de vosotros. Todos habláis de salvar al asesino de demonios como si enfrentar a

un general *oni* fuera sencillo. ¿Recordáis a Yaburama? ¿Recordáis cómo estuvo a punto de mataros a todos? Hakaimono es mucho peor. Pero más importante que eso... —me miró, con sus ojos oscuros relampagueando—. Incluso si logras encontrar a Hakaimono sin ser destrozada en el instante mismo en que te descubra, ¿cómo pretendes salvar a tu asesino de demonios, *kitsune*? ¿Eres una sacerdotisa? ¿Puedes llevar a cabo un exorcismo? ¿Posees magia espiritual lo suficientemente poderosa para no sólo expulsar a Hakaimono, sino para atarlo en el lugar el tiempo necesario para realizar el exorcismo? Porque si no es así, si no eres capaz de controlarlo, acabará contigo mucho antes de que puedas acercarte lo suficiente para hacer nada. ¿Has pensado en *algo* de esto? —su mirada se entrecerró sombríamente—. ¿Sabes siquiera lo que implica exorcizar a un demonio? ¿O crees que tus trucos e ilusiones de *kitsune* funcionarán en un *oni* tan antiguo como Hakaimono?

Mis orejas se aplanaron ante el asalto verbal y la ira que irradiaba la *miko*.

—¿Por qué me gritas, Reika *ojou-san*? —pregunté—. No iré detrás de Tatsumi hasta que haya entregado el pergamino al Templo de la Pluma de Acero. Eso es lo que querías, ¿no?

—¡Por supuesto! Es sólo que... —Reika *ojou-san* exhaló con brusquedad—. No puedes simplemente perseguir a Hakaimono y esperar lo mejor, *kitsune* —dijo—. Sobre todo, cuando no tienes manera de enfrentarte a él. Lo único que harás es desperdiciar tu vida, ¡y eso es muy frustrante para aquellos de nosotros que hemos estado tratando de protegerla con tanto esfuerzo!

—Reika-chan —la voz de Maestro Jiro sonó suave, en tono de gentil reprimenda, y la doncella del santuario se hun-

dió otra vez en su lugar, aunque sus ojos todavía brillaban como un fuego oscuro mientras me miraba.

Con un suspiro, el viejo sacerdote dejó su pipa y volvió su mirada hacia la mía.

—Yumeko-chan —comenzó, con esa misma voz serena e imperturbable—. Debes saber que lo que estás proponiendo no sólo es muy peligroso, sino que nunca antes se ha hecho. Expulsar a un *oni*, uno como Hakaimono en particular, no es como exorcizar a un *tanuki* malicioso o un espíritu *kitsune*. No es lo mismo que liberar a una persona de *kitsune-tsuki*. Asumo que sabes de lo que estoy hablando.

Asentí. *Kitsune-tsuki* era una posesión de zorro, algo en lo que los más malvados de mis parientes, los *nogitsune*, se deleitaban. Sus espíritus podrían deslizarse dentro de una persona y apoderarse de su cuerpo, de manera que la controlaran desde su interior. Qué llegaban a hacer a sus anfitriones dependía de los *nogitsune*, pero en su mayoría eran actos depravados y retorcidos para el placer y entretenimiento del *yokai*. Durante mi entrenamiento en el Templo de los Vientos Silenciosos, pasé una noche con Denga aprendiendo sobre el *kitsune-tsuki*, y había alternado entre estar aterrorizada y sentirme bastante enferma el resto de la noche.

Lo cual, sospechaba ahora, había sido la intención.

Maestro Jiro golpeó el extremo de su pipa contra una roca y las cenizas se derramaron sobre la superficie.

—Hakaimono no es un espíritu *kitsune*, Yumeko-chan —afirmó—. No es un *yurei*, ni un *tanuki* o algo que puede ser exorcizado con palabras o dolor o la aplicación de la voluntad de uno. Él es un *oni*, quizás el más fuerte que Jigoku haya engendrado jamás. Lo que haya quedado del alma del asesino de demonios está encerrado profundamente en Hakaimono,

y ningún sacerdote o mago de sangre en la historia de Iwagoto ha podido vencer la voluntad del general *oni*. Si decides enfrentarte a Hakaimono, es probable que tú y todos a tu alrededor muráis en el intento.

Tragué saliva mientras un peso pétreo se asentaba en la boca de mi estómago.

—Entiendo, Maestro Jiro —dije al sacerdote—. Usted y Reika *ojou-san* no tienen que venir.

—No es eso lo que te estoy diciendo, Yumeko-chan —Maestro Jiro suspiró y volvió a meter su pipa en su *obi*—. Expulsar un espíritu de un cuerpo poseído es difícil y peligroso —dijo—, tanto para quienes realizan el exorcismo como para quien se pretende ayudar. Para tener una oportunidad contra un *oni* con este poder, debemos ver las cosas con amplitud. Estoy dispuesto a aceptar el riesgo...

—Maestro Jiro... —interrumpió Reika *ojou-san* con voz horrorizada, pero el sacerdote levantó una mano, silenciándola.

—Estoy dispuesto —continuó el sacerdote—, pero para intentar un exorcismo, primero debemos atar al demonio a fin de que no pueda escapar y asesinar a los que realizan el ritual. No puede haber dudas, ninguna disensión entre nosotros —miró alrededor del fuego, a mí, a Reika *ojou-san*, a Daisuke-san y a Okame-san, con expresión solemne—. El Primer *Oni* no debe ser subestimado. Si fallamos, que no quepa duda de que Hakaimono nos matará a todos. Por eso debemos estar de acuerdo. ¿Es éste realmente el camino que queremos tomar?

Todos los ojos estaban fijos en mí ahora, como si mi respuesta fuera a dar forma a las decisiones de todos. Y por un instante titubeé, mientras la magnitud de la situación se apoderaba de mí como un pesado edredón invernal. ¿Estaba

haciendo lo correcto? Todos mis compañeros estaban dispuestos a ayudarme, pero ¿a qué precio? De acuerdo con Maestro Jiro, exorcizar al demonio podría no ser posible. Si íbamos detrás de Tatsumi, pondría en peligro las vidas de todos a mi alrededor. Podríamos morir enfrentando a Hakaimono.

Pero recordé la noche en que actué para el emperador de Iwagoto, cómo los ojos de Tatsumi habían revelado preocupación y desesperación, porque temía que fuera desenmascarada como una charlatana y decidieran ejecutarme. Recordé la forma en que estuvo a punto de tocarme, su mano a un suspiro de mi rostro, cuando antes habría retrocedido ante cualquier contacto físico para evitar ser herido. Y supe que no podía dejarlo atrapado dentro del monstruo en el que se había convertido, sobre todo cuando Hakaimono se había regodeado de que Tatsumi presenciara todo lo que sucedía a su alrededor sin que pudiera detenerlo.

—Estoy segura —dije con firmeza, ignorando el suspiro frustrado de la doncella del santuario—. Incluso si es imposible, incluso si Hakaimono toma mi vida... debo intentarlo. Lo siento, Reika *ojou-san*, sé que es peligroso, pero no puedo dejarlo sufrir. Si hay la menor posibilidad de salvar a Tatsumi, tengo que hacerlo. Pero, lo juro, llevaré primero el pergamino al templo. No tienes que preocuparte por eso.

La *miko* se frotó la frente con resignación y exasperación.

—Como si entregar el pergamino ya fuera de por sí una tarea simple —suspiró.

—Bueno, eso lo resuelve todo, entonces —Okame-san se puso en pie y estiró sus largos brazos, como si se hubiera cansado del debate y necesitara moverse—. Mañana por la mañana, llevaremos el pergamino del Dragón al Templo de la Pluma de Acero para salvar al Imperio de una plaga de maldad y

oscuridad. Y después de eso, perseguiremos a Hakaimono para rescatar al asesino de demonios y también salvar al Imperio de una plaga de maldad y oscuridad —resopló y sacudió la cabeza—. Eso quiere decir que tendremos que enfrentar mucha maldad y oscuridad. Apuesto a que la vida parecerá bastante aburrida después de esto.

—Eso es poco probable —murmuró Reika *ojou-san*—. Tal vez estaremos todos muertos.

Okame-san la ignoró.

—Haré la primera guardia —anunció, saltando con gracia sobre una rama sobresaliente—. Vosotros podéis descansar tranquilos y sin preocuparos. Si veo algún bandido, estará muerto antes de que se entere de que lo golpeó.

—No seas egoísta, Okame-san —reclamó Daisuke-san, haciendo que el *ronin* hiciera una pausa con su mano en la siguiente rama—. Si ves algún infame perro sarnoso intentando lanzarse sigilosamente sobre nosotros, te ruego que me hagas una señal para que pueda darle la bienvenida en pie. Y si ves al propio Hakaimono, recuerda que tengo una promesa de duelo con Kage-san. Te pediría que no me niegues esa gloriosa batalla.

—Oh, no te preocupes, Taiyo-san. Si veo a un general *oni* tratando de lanzarse sigilosamente sobre nosotros, el bosque completo escuchará mis gritos.

Nos dirigió una sonrisa y desapareció entre las ramas. Cuando el Daisuke-san se apoyó contra el tronco y Reika *ojou-san* metió las manos en sus ondulantes mangas *haori*, busqué un buen lugar para tumbarme. Carecía de manta y almohada, y aunque nos encontrábamos a finales del verano, la noche era muy fría, tan cerca como estábamos de las montañas del Clan del Cielo. Pero mi túnica roja y blanca

era pesada y su tela, cálida. Me acurruqué sobre un montón de hojas secas, escuché el canto de una lechuza y el susurro de las pequeñas criaturas que me rodeaban, e intenté no pensar demasiado en Hakaimono. En lo poderoso que era. En que no tenía idea de lo que nosotros cinco podríamos hacer para derrotar a un antiguo general *oni*, y mucho menos de cómo expulsarlo de Tatsumi. Y en cómo una gran parte de mí estaba absolutamente aterrorizada de enfrentarlo.

—Hola, pequeña soñadora.

La desconocida voz sonaba profunda y efusiva, y acarició mis oídos como una canción. Parpadeando, levanté la cabeza para descubrir que me encontraba en un bosquecillo de bambú. Luciérnagas verdes y amarillas vagaban entre los tallos como estrellas flotantes. La tierra debajo de mis patas se sentía fresca y suave, y un pequeño estanque brillaba a la luz de la luna, a pocos metros de distancia. Cuando me asomé al agua, los ojos dorados de una cara peluda me miraron, con las orejas de puntas negras erguidas contra la noche.

Una risita enigmática hizo vibrar los tallos alrededor de mí.

—No estoy en el estanque, pequeña.

Me volví, y un escalofrío corrió desde la base de mi cola hasta la columna, haciendo que el pelaje a lo largo de mi lomo se erizara.

Un magnífico zorro estaba sentado en un claro de luz de luna, entre el bambú, y me miraba con ojos como velas titilantes. Su pelaje era blanco brillante, grueso y ondulado, y parecía resplandecer en la oscuridad, arrojando un halo de luz a su alrededor. Su cola espesa era un penacho de color blanco plateado que se agitaba y se balanceaba como si tuviera vida propia.

—No es de buena educación mirar de esa manera a tus mayores, pequeña cachorra.

Me sacudí y la arboleda pareció agitarse y cambiar sutilmente de apariencia. O tal vez fue sólo un efecto de la luz de la luna.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Qué es este lugar?

—Quién soy yo no es relevante —el zorro blanco se levantó. Su elegante cola ondeó en la brisa—. Soy un pariente, aunque mucho mayor que tú. En cuanto a dónde estás... ¿no consigues adivinarlo? Eres una *kitsune*, no debería resultarte difícil.

Miré alrededor y supe que el bosque de bambú había cambiado. Ahora estábamos en un bosque de árboles de *sakura* en flor. Sus rosados pétalos caían al suelo como copos de nieve.

—Estoy... soñando —adiviné y me volví otra vez hacia el zorro blanco—. Esto es un sueño.

—Puedes llamarlo así —asintió el zorro blanco—. Ciertamente, está más cerca de la verdad que de cualquier otra cosa.

Fruncí el ceño, tratando de rastrear un recuerdo enterrado hace mucho tiempo en mi mente. De un día en el bosque, mientras me escondía de los monjes, y esa repentina impresión de que estaba siendo vigilada. De un par de brillantes ojos dorados, una espesa cola blanca y la sensación de añoranza que surgió cuando nuestras miradas se encontraron.

—Yo... lo he visto antes —susurré—. ¿No es así? Hace mucho tiempo.

Él no respondió, y yoladeé la cabeza.

—¿Por qué aparece en mi sueño ahora?

—Tu plan de exorcizar a Hakaimono fracasará.

El suelo bajo mis patas pareció desmoronarse, dejándome flotando en el espacio vacío.

—¿Qué?

—Hakaimono es demasiado poderoso —continuó el zorro, tranquilo—. En el pasado, los Kage ya intentaron hacer lo que tú estás planeando, obligar al *oni* a regresar a Kami-goroshi. Aquello terminó en muerte y destrucción. Hakaimono no es un demonio común, y la relación del asesino de demonios con la espada maldita es única. Incluso si logras capturar y atar al Primer *Oni*, el sacerdote y la doncella del santuario fracasarán en el exorcismo, y Hakaimono os matará a todos.

Temblé y meforcé a encontrarme con esos penetrantes ojos amarillos. *¿Cómo puede saberlo?*, quería decir, pero las palabras se congelaron en mi garganta cuando me encontré con una mirada que había visto reinos prosperar y montañas desgastarse al viento. Esos ojos eran ancestrales, lo abarcaban todo, y mirarlos era como observar la cara de la luna. Bajé la mirada a mis patas.

—No puedo rendirme —susurré—. Debo intentarlo. Le prometí que no lo dejaría con Hakaimono.

—Si quieres salvar al asesino de demonios —dijo el zorro blanco—, confiar en los humanos no es la respuesta. Si de verdad deseas liberar a Kage Tatsumi, debes hacerlo tú misma. Desde el interior.

¿Desde el interior? Desconcertada, lo miré.

—No lo entiendo.

—Sí —fue la fría respuesta—. Estuvisteis hablando de eso esta noche, de hecho. Los *oni* no son las únicas criaturas que pueden poseer un alma humana.

El entendimiento se abrió paso, y aplané mis orejas, horrorizada.

—¿Se refiere al... *kitsune-tsuki*?

—Los rituales sagrados y el exorcismo no funcionarán en Hakaimono —continuó el zorro blanco, como si no se hubiera percatado de mi consternación—. Son sólo palabras. Palabras con poder, sí, pero la voluntad de Hakaimono es más fuerte que la de cualquier humano, y no se someterá. Para tener una oportunidad de salvar al asesino de demonios, otro espíritu debe confrontar al *oni* dentro del cuerpo de Kage Tatumi, y expulsarlo por la fuerza.

—Pero... eso significaría que yo tendría que poseer a Tatumi.

—Sí.

Aplanando las orejas aún más, retrocedí.

—No puedo hacer eso —susurré, mientras los ojos del otro *kitsune* se reducían a hendiduras doradas—. ¡Poseer un cuerpo humano es... malvado!

—¿Quién dijo eso? —preguntó el zorro blanco—. ¿Los monjes en el templo? ¿Los que intentaron limitar tu magia *kitsune*? ¿Los que insistieron en que siguieras siendo mayormente humana? —su hocico esbelto se curvó—. El *kitsune-tsuki* es sólo una herramienta, pequeña cachorra. De la misma manera que las ilusiones y el fuego fatuo, la magia en sí misma no puede ser malvada. Es cómo utilizas tus poderes lo que determina la intención.

Aunque sus palabras tenían un timbre inquietantemente sincero, se sentían... extrañas. Si no era peligroso, ¿por qué los monjes en el Templo de los Vientos Silenciosos habían prohibido tan estrictamente el *kitsune-tsuki*, hasta el punto que ni siquiera se me permitía hablar de eso, por temor a que sintiera curiosidad al respecto?

—Nunca he hecho un *kitsune-tsuki* —dije—. De hecho, ni siquiera estoy segura de poder hacerlo. Sólo soy en parte un zorro, después de todo.

—Eso no importa —el zorro blanco negó con la cabeza—. El *kitsune-tsuki* es algo natural en nosotros. Como creo que tu Maestro Isao dijo una vez, “está en tu sangre”. Cuando llegue el momento, tu mitad *yokai* sabrá qué hacer.

—Pero... parece... incorrecto.

Su magnífica cola se contrajo, irritada.

—Ya veo. Entonces quizá deberíamos ver el problema desde una perspectiva diferente.

El bosque que nos rodeaba desapareció. Los pétalos se arremolinaron en el aire como si estuvieran atrapados en un tifón, deslumbrante y sofocante. Cuando estornudé y levanté otra vez la mirada, los suaves pétalos se habían convertido en copos de nieve. Estaba de pie entre las nubes, en la cima de una montaña, mirando hacia el Imperio de los humanos, muy por debajo de nosotros.

El mundo estaba ardiendo. Adondequiera que llevara la mirada, lo único que podía ver eran las llamas que consumían la tierra y se extendían por todas partes. Podía oler la ceniza y el humo, y el hedor de carne quemada obstruía mi garganta y me hacía toser. Parecía que estaba mirando el Jigoku mismo.

—Ése será el estado del Imperio —dijo el zorro blanco detrás de mí, sentado sobre una roca cubierta de nieve—, si no consigues detener a Hakaimono.

Mis piernas temblaron. El viento aullante pareció hundir sus garras de hielo bajo mi pelaje y arrastrarlas por mi espalda. Me quedé mirando la destrucción, mientras las lenguas de llamas rojas y anaranjadas se entremezclaban y llenaban mi visión hasta que lo único que podía ver era el fuego.

—Piénsalo bien, pequeña soñadora —la voz del zorro blanco ahora parecía venir de muy lejos—. Antes de que las llamas de la guerra consuman al mundo, considera cómo

tus decisiones afectarán a todos. Tú eres la única que puede derrotar al Primer *Oni* y salvar el alma del asesino de demonios. Yo puedo mostrarte cómo y brindarte una mayor oportunidad de alcanzar la victoria cuando te encuentres cara a cara con el más poderoso *oni* de Jigoku. Pero sólo si estás dispuesta.

“Desafortunadamente —continuó, mientras me encontraba allí de pie, luchando por respirar—, nuestro momento aquí está a punto de llegar a su final. Te necesitan de regreso en tu mundo, pequeña soñadora. Sólo recuerda mi oferta, ya te encontraré de nuevo cuando sea el momento adecuado. Por ahora, las sombras se acercan y debes...

Despertar.

Abrí los ojos e inmediatamente supe que algo iba mal. El bosque estaba demasiado silencioso. El susurro de los pequeños animales había desaparecido, y los insectos se habían sumido en el silencio. Me senté con cautela y vi a Daisuke-san y a Maestro Jiro dormitando con sus barbillas apoyadas en el pecho. Reika *ojou-san* estaba acurrucada junto al fuego con los dos *komainu*.

Un hombre estaba de pie cerca del fuego y su larga sombra se proyectaba en el suelo.

Con mi sobresalto, los ojos de Daisuke-san se abrieron de golpe y Reika *ojou-san* se irguió, tirando a los *komainu* de su regazo. Al ver al extraño, los espíritus rompieron en una algarabía de gruñidos y ladridos agudos, con los pelos erizados y mostrando unos dientes diminutos al intruso, que los observaba con fría diversión.

—Silencio, ya —su voz era alta y ronca, y levantó su delgada mano antes de que el resto de nosotros pudiera decir

algo—. No he venido aquí a buscar pelea. No hagáis nada... precipitado.

El movimiento onduló a nuestro alrededor. Las sombras se fundieron en la oscuridad para formar una docena de figuras vestidas por completo de negro; sólo sus ojos se mostraban a través de las rendijas en sus máscaras y capuchas. Sus sables brillaron plateados a la luz de la luna: una docena de navajas mortales que nos rodeaban en un ceñido anillo. *Shinobi*, pensé con un escalofrío. Sus uniformes no tenían marcas. Sólo el extraño llevaba en su ondulante túnica negra el emblema familiar que hacía que mi corazón latiera con más fuerza: una luna devorada por un eclipse. El símbolo de los Kage.

El Clan de la Sombra se hacía presente.

3

LAS SOMBRAS SE ACERCAN

Yumeko

El hombre de la túnica se adentró más en la luz del fuego, y su resplandor naranja lo bañó. Era muy delgado, tenía el rostro enjuto y estrecho, y sus huesos se mostraban a través de la fina piel de sus manos, como si alguna fuerza hubiera absorbido su vitalidad. Su cara estaba teñida de blanco, sus labios y sus ojos delineados en negro, y se elevaba sobre nosotros como un terrible espectro de muerte. Por un momento, me pregunté... ¿si muriera de pronto pero su fantasma permaneciera, alguien lo notaría siquiera?

—Por favor, disculpad la intrusión —dijo el hombre con voz ronca. Su dura mirada, fría e impasible, se deslizó hacia mí, y me hizo estremecer—. Espero que no hayamos interrumpido nada importante.

—¿Dónde está Okame-san? —pregunté, y el hombre arqueó una ceja delgada como una línea de tinta—. Si hubiera podido, nos habría advertido que os acercabais. ¿Qué le ha hecho?

El hombre alto hizo un gesto hacia un árbol. Levanté la mirada y vi a Okame-san en las ramas, atado de pies y manos al tronco, con una mordaza en la boca. Un *shinobi* se agachó en la rama cercana, con el arco del *ronin* sobre sus rodillas.

—Me temo que no podíamos permitir que vuestro amigo os alertara —dijo el hombre, mientras Okame-san luchaba contra las cuerdas y lo fulminaba con la mirada—. No queríamos que os hicierais una idea equivocada y creyerais que éramos simples bandidos en medio de la noche. No os preocupéis, eso fue una solución temporal.

Levantó una mano, y el *shinobi* que había estado agachado en la rama se giró de inmediato y cortó las cuerdas que ataban al *ronin* al árbol. Cuando Okame-san comenzó a liberarse, gruñendo maldiciones mientras se arrancaba la mordaza, el guerrero de la sombra se fundió en la oscuridad, dejando el arco del *ronin* colgado de una rama cercana.

El nudo en mi estómago se relajó, pero sólo un poco. Todavía había una docena de *shinobi* rodeándonos, además del extraño hombre al borde de la luz del fuego. El olor de la magia se aferraba a él, anquilosado pero poderoso, como un hongo sumamente emponzoñado.

—¿Qué significa todo esto, Kage? —preguntó Daisuke-san con voz gélida. El noble no se había movido de su lugar contra el tronco, pero ambas manos permanecían sobre su espada—. Éste es el territorio del Clan del Cielo, y estamos a pocas horas de la frontera de los Taiyo. Usted no tiene autoridad aquí, y tampoco derecho a someternos como si fuéramos bandidos comunes. Si no puede presentar la documentación necesaria, humildemente debo solicitar que se retire.

El hombre alto le dirigió una sonrisa horrorosa.

—Me temo que no puedo hacer eso, Taiyo-san —sonaba complacido y ofendido al mismo tiempo—. Permitidme que me presente. Mi nombre es Kage Naganori, y estoy aquí a instancias de la dama Hanshou, *daimyo* del Clan de la Sombra.

Reika *ojou-san* se enderezó.

—¿Naganori? —repitió.

—En efecto —el hombre volvió su sonrisa depredadora hacia ella, haciendo que Chu y Ko, ahora sentados a su lado, gruñeran y mostraran sus dientes—. Esta pequeña quizá sea la más informada del grupo —musitó—. ¿Será que el resto de vosotros también ha oído hablar de mí?

—No —dijo Okame-san. El *ronin* entró al círculo, erizado como un perro rabioso, listo para disparar a cualquier cosa que se acercara demasiado—. Todavía espero averiguar por qué debería sentirme impresionado.

—Okame-san —Reika *ojou-san* le dirigió al *ronin* una mirada de advertencia—. Kage Naganori es el archimago del Clan de la Sombra, la cabeza *majutsushi* de la familia Kage.

—Sí —concedió Kage Naganori, con los ojos completamente negros ahora mirando a Okame-san—. Pero si deseas una muestra de talento, *ronin*, me encantaría satisfacer tu petición. ¿Quizá te impresionaría si hiciera bailar tu sombra? ¿O si le ordenara al *kami* de la noche que te cegara para el resto de tu vida? —levantó una mano abierta. Una pequeña lengua de negrura palpitante flotó sobre su palma, girando en el aire como tinta—. Tal vez una maldición de oscuridad que hiciera que toda luz se apagara para siempre adondequiera que fueras, ¿eso sería suficiente para impresionarte?

—No es propio de alguien de su posición amenazar, Naganori-san —se escuchó la voz suave y tranquilizadora de Maestro Jiro desde el otro lado de la fogata—. Y tampoco nos buscó para maldecir a un *ronin* cualquiera. ¿Por qué ha venido?

Kage Naganori resopló, dejó caer su brazo y la lengua de sombra con él.

—Como dije antes —continuó—, estamos en una misión para la dama Hanshou. Pido disculpas por esta intrusión, pero

era imperativo que os contactáramos antes de que llegarais a la frontera de los Taiyo —el *majutsushi* se giró y clavó en mí su penetrante mirada—. Hemos venido a por la *onmyoji*. La dama Hanshou ha solicitado su presencia.

—¿A por mí? —Se me heló la sangre. Todavía llevaba encima la ondulante túnica de color rojo y blanco de la noche que había actuado frente al emperador. Había sido parte de una estratagema para llevarnos a todos al palacio imperial en busca de Maestro Jiro, dado que las jóvenes campesinas, los *ronin* y las doncellas del santuario no podían simplemente atravesar sus puertas sin anunciarse. Ciertamente, no era una *onmyoji*, una adivina mística del futuro, pero esa noche me había encontrado frente a la corte imperial y al hombre más poderoso del lugar, y si no hubiera logrado convencerlo de que era lo que afirmaba ser, todos habríamos sido ejecutados.

Había usado magia *kitsune* y más que un poco de suerte, pero no sólo el emperador se había creído mi actuación, sino que también me había ofrecido el honorable cargo de *onmyoji* imperial. Había declinado respetuosamente su oferta, pero parecía que la historia de la joven *onmyoji* y la fortuna del emperador se había extendido más de lo que habría esperado. De pronto sentí el pergamino bajo mi túnica, presionado contra mis costillas, y torcí los dedos en el regazo para evitar que se desviarán hacia él.

—¿Por qué? —pregunté a Kage Naganori—. ¿Qué desea la dama Hanshou de mí?

—No corresponde a mi posición saberlo. Se lo podrá preguntar cuando esté ante su presencia.

Mi corazón latía con fuerza por una razón completamente diferente. La dama Hanshou era la mujer que había enviado a Tatsumi al Templo de los Vientos Silenciosos en busca del

pergamino del Dragón. ¿Se había dado cuenta de que yo poseía un fragmento? No. Si ella lo supiera, no habría enviado a un *majutsushi* para hablar conmigo; ya tendría metido un cuchillo en la garganta.

Aun así, aventurarse en el territorio de los Kage cuando su *daimyo* estaba buscando activamente el pergamino, parecía muy mala idea.

—Si no le importa, preferiría no acudir.

—Me temo que debo insistir —el *majutsushi* levantó una mano, y los guerreros de la sombra que rondaban en la oscuridad dieron un amenazador paso al frente. Daisuke-san se tensó, y Okame-san levantó su arco, mientras el gruñido de los dos *komainu* se elevaba bruscamente en el aire—. No deseo que esto termine de manera violenta —dijo Kage Naganori, juntando las manos frente a sí—. Pero *vamos* a llevar a esta joven ante la dama Hanshou. Aquéllos que se opongan serán abatidos por interferir en los asuntos del Clan de la Sombra.

—Yo sería más cauteloso al levantar amenazas, Kage-san —dijo Daisuke-san, con lo que se ganó el ceño fruncido del *majutsushi*—. La dama Yumeko se encuentra bajo mi protección, y dañar a un Taiyo se considera un crimen contra la Familia Imperial. Estoy seguro de que la dama Hanshou no querrá comenzar una guerra con el Clan del Sol.

—Daisuke-san... —miré al noble con sorpresa.

—Ella también se encuentra bajo la protección del santuario de Hayate —intervino Reika *ojou-san*, y levantó su brazo con una tira de papel *ofuda* sostenida entre dos dedos. Chu y Ko dieron un paso adelante y levantaron una pequeña barrera frente a la doncella del santuario. Sus ojos brillaban dorados y verdes en la oscuridad—. Me temo que no podemos

acceder a su petición, incluso si debemos desafiar la voluntad de la *daimyo* de los Kage.

—Sí —agregó Okame-san, con una sonrisa maliciosa mientras tensaba una flecha en la cuerda de su arco—. Básicamente, si quiere a Yumeko-chan, tendrá que pasar por encima de todos nosotros.

—¡Qué insolencia! —Kage Naganori se tensó y alrededor de nosotros los *shinobi* esgrimieron sus espadas—. No me detendré a discutir con *ronin* y plebeyos —el mago de la Sombra levantó las manos, y el aire a su alrededor se oscureció e incluso la luz del fuego se alejaba de él—. Nuestra dama nos envió a por la chica, y si os interponéis en nuestra misión, no tendremos más remedio que eliminarlos.

—¡Espere! —me puse rápidamente en pie y miré al *majutsushi*, y el círculo de cuchillas giró en dirección a mí—. Iré con ustedes —dije. Mi estómago se retorció al pronunciar las palabras, pero si la otra opción era un baño de sangre con los *shinobi* y un mago de la sombra, elegiría la opción menos desastrosa. A pesar de que un encuentro con la dama Hanshou tal vez sería muy malo para mí, no quería arrastrar al resto a una pelea con el clan de Tatsumi. Había muchos *shinobi* rodeándonos, listos para atacar, y éstos eran sólo los que podíamos ver. Y el *majutsushi* era un enigma todavía mayor. No creía que la magia de la Sombra de Naganori diera lugar a flores y mariposas, a menos que se tratara de polillas negras que devoraran tu alma, lo cual no parecía en absoluto recomendable.

Y tal vez, cuando me encontrara frente a la dama Hanshou, la líder del Clan de la Sombra, aprendería más sobre Tatsumi y cómo salvar su alma del monstruo que ahora la mantenía cautiva.

Di un paso adelante, me enfrenté a Kage Naganori y levanté la barbilla.

—Iré con vosotros —dije de nuevo—. Si la dama Hanshou me solicita, acudiré a su llamada.

Tatsumi, lo lamento. Espero que puedas aguantar hasta que encuentre una salida a todo esto.

—Yumeko —Reika *ojou-san* dio un paso al frente, haciendo que sus espíritus guardianes se escabulleran a un lado—. Es *poco recomendable* que vayas ahora mismo —dijo, levantando las cejas hacia mí. Sin duda, se estaba refiriendo al precioso secreto oculto bajo mis vestiduras de *onmyoji*—. Pero si vas, entonces insistiré en ir contigo.

—No es necesario que vayas, Reika *ojou-san*... —la doncella del santuario me dirigió una mirada que me recordó la expresión que Denga solía hacer cuando me atrapaba en medio de una travesura, así que me quedé en silencio.

Daisuke-san se puso en pie lentamente y con gran dignidad, atrayendo la atención de todos.

—Yo también debo insistir en acompañar a Yumeko-sama⁵ —dijo—. Hice un voto para protegerla, y no sufriré la deshonra de faltar a mi palabra. Adonde vaya, mi señora, la seguiré. Hasta el momento de mi muerte, o cuando no me necesite más.

—Y yo soy su *yojimbo* —agregó Okame-san—. El guardaespaldas va adonde su cliente está. Así que también iré —sonrió a Kage Naganori, como si lo desafiara a intentar oponerse—. No importa lo que digan los demás.

5 El sufijo -sama es más formal que -san. Se utiliza para personas de una posición muy superior (como un monarca o un gran maestro) o alguien a quien se admira mucho.

Miré al *majutsushi*, esperando que protestara, pero Kage Naganori sólo sonrió.

—Vaya grupo tan leal —musitó, con una voz casi burlona, incluso recelosa. Su mirada se deslizó hacia mí, plana y fría como la de una serpiente—. Una doncella del santuario, un perro *ronin* sin honor y un noble Taiyo, todos dispuestos a acompañarte a lo desconocido. Me pregunto qué esconden los *onmyoji* para merecer semejante lealtad.

—Tal vez no soy una *onmyoji* —sugerí—. Quizá sea una princesa *kami* en realidad.

Resopló una risa.

—Estoy seguro de que no lo eres —dijo, antes de dejar escapar un largo suspiro y agitar una mano. Detrás de él, los *shinobi* se enderezaron y enfundaron sus aceros en un coro rasposo—. Muy bien —dijo Kage Naganori, sorprendiéndome—. Si tus compañeros están decididos, podéis acompañarnos hacia el castillo de Hakumei. Que nadie diga que el Clan de la Sombra carece de hospitalidad. Todos seréis invitados de honor de los Kage —sonrió otra vez, pero no era una sonrisa muy agradable, sino sagaz y maliciosa—. Estoy seguro de que la dama Hanshou estará encantada de recibirlos.

—De regreso a las tierras de los Kage —Reika *ojou-san* frunció el ceño—. Espero que hayáis traído caballos. El territorio del Clan de la Sombra se encuentra en el extremo sur de Iwagoto, más allá de los dominios de Taiyo y de Tsuchi. Literalmente, en el otro extremo del Imperio. Tardaremos semanas en llegar allí.

—Para los no iniciados, así es —la voz del *majutsushi* sonó petulante—. ¿Por qué crees que la dama Hanshou me envió a mí, y no a un escuadrón de soldados *ashigaru*? Si viajáramos a pie, sin duda tardaríamos demasiado tiempo. Pero nosotros

no avanzamos por medios ordinarios —levantó una manga ondulante que proyectó una larga sombra sobre el suelo—. Para aquellos que conocen el Sendero de las Sombras, ninguna distancia es demasiado lejana, si uno no se pierde en la oscuridad durante el camino.

—Ah —dijo Okame-san, ofreciendo a Daisuke-san una sonrisa cómplice—. Ahí está el balbuceo críptico de los Kage que estaba esperando.

Kage Naganori apretó los labios y dejó caer su brazo.

—Vamos —ordenó, y dio media vuelta—. La noche está menguando, e incluso en los senderos que debemos tomar todavía queda un largo camino hacia el castillo de Hakumei. La dama Hanshou está esperando.